

La Observación es una actividad del espíritu (y del cuerpo).

Jaime Reyes G.

2017

El profesor y arquitecto de la Escuela de Arquitectura y Diseño de la PUCV, Fabio Cruz P., en 1993 dio una clase sobre la observación:

“Observar” sería entonces esa actividad del espíritu (y del cuerpo) que nos permite acceder, una y otra vez, a una nueva, inédita, visión de la realidad.

Observar, en el sentido que lo estamos considerando, se convierte en una verdadera abertura. Se trata de algo profundamente artístico y por ende poético.

(Cruz P. 1993)

¿Qué entendemos una actividad? ¿Cuál observación? ¿Hay un espíritu? Estas tres preguntas apuntan a la poética del enunciado que titula este escrito.

¿Qué entendemos como una actividad?

Una actividad no es meramente un conjunto de operaciones o tareas propias de una persona o entidad; el diccionario de la Real Academia Española define actividad como la facultad de obrar. En este sentido la Observación sería la aptitud del espíritu para hacer o estar en obra. No es una acción de cualquier tipo, sino una proyectada hacia la obra de los oficios. Y en este sentido la observación sería una actividad posible para cualquier oficio, para cualquier persona que

practica un oficio. De hecho, está implícito en la postulación de Fabio Cruz el que la observación, al ser del espíritu y del cuerpo, es inherente a todas las personas; es una posibilidad que tiene cualquiera, porque todas las personas tienen un cuerpo y, como veremos más adelante, todas también tienen espiritualidad.

¿Cuál observación?

La Observación es uno de los ejercicios que distingue a esta Escuela de tantas otras escuelas de arquitectura y diseño del mundo. Aquí se la practica con una modalidad particular desde hace más de sesenta años. Todos los estudiantes, desde el primer día, tienen tareas de Observación y esta atraviesa los talleres de arquitectura y diseño durante todos los años de estudio. No sólo esto, sino que la Observación es una actividad que podría o debiera seguirse ejercitando toda la vida, no sólo durante el tiempo universitario. De hecho, tal vez sea, el ejercicio de ella, una bella oportunidad de reinventarse en el oficio cada vez, de poder perseguir los intereses personales que mutan con la edad, de estar presentes en el tiempo que muda sus horizontes, en el mundo que se transforma velozmente, habitando en comunidad junto a las personas que evolucionan. Lo que en la Escuela se llama la Observación no es sólo una actividad disciplinar, sino que es también, y sobretodo, un proceso de transformación personal interno que no puede abordarse como metodología. Se podría considerar que la formación de arquitectos y diseñadores en esta Escuela pretende no sólo la instrucción profesional, sino una transformación individual íntima. Es como el poeta Godofredo

la observación, al ser del espíritu y del cuerpo, es inherente a todas las personas; es una posibilidad que tiene cualquiera, porque todas las personas tienen un cuerpo y, como veremos más adelante, todas también tienen espiritualidad.

la Observación es una actividad que podría o debiera seguirse ejercitando toda la vida

la Observación no es sólo una actividad disciplinar, sino que es también, y sobretodo, un proceso de transformación personal interno que no puede abordarse como metodología. Se podría considerar que la formación de arquitectos y diseñadores en esta Escuela pretende no sólo la instrucción profesional, sino una transformación individual íntima.

la observación, al ser del espíritu y del cuerpo, es inherente a todas las personas

la Observación... es... un proceso de transformación personal interno

Se podría considerar que la formación de arquitectos y diseñadores en esta Escuela pretende ... una transformación individual íntima.

la Observación... es... un proceso de transformación personal interno

Iommi interpretaba el verso de Rimbaud “Il faut changer la vie”: no hay que cambiar ‘la’ vida, sino hay que cambiar ‘de’ vida. Por supuesto que este cambio o transformación personal de cada estudiante no es exigible ni evaluable; pues queda sujeta a la libertad de cada cual. Cualquiera puede graduarse en esta Escuela sin necesidad de adscribir a esta evolución personal, no es un requisito ni una cláusula obligatoria, pero no cabe duda que esta es la invitación última, el llamado o invitación, extrema y moderna, que hace la poesía para que se pueda establecer su relación con los oficios.

Si una institución o un grupo o una organización, de la índole que sea, propone que para pertenecer a su íntimo círculo la persona debe realizar un cambio de vida, está discriminando, positiva o negativamente, y puede parecer sectaria o intolerante; homogénea en contraposición a diversa. Pretender que el espíritu de una comunidad académica reside en una transformación personal de sus miembros, a través del ejercicio de esta clase de Observación, se presta para que esta comunidad sea considerada dogmática y ajena a los procedimientos de la razón. Sin embargo, sabemos bien que estos mitos pueden y deben ser revisados, actualizados cuando sea posible o abandonados cuando se muestren obsoletos. Además, la Observación no es exclusiva de estas aulas y consideramos que todos los oficios, en cuanto se aproximen a una obra creativa, pueden y deben ejercerla.

Alberto Cruz en 1982 declaraba que “la observación representa un primer paso, un paso que aún no se encuentra con el poder, el poder de

dominio de la naturaleza, imprescindible para toda realización que ha de edificarse.” Es decir, es el paso previo, anterior a la obra. Pero aún cuando es un paso previo “la observación pertenece en propiedad al reino de la obra.” (Cruz 1982). Alberto Cruz se refiere esencialmente a la observación arquitectónica, “que nos muestra los tamaños en y con los cuales construimos el acto de habitar, acto que la obra recoge.” Es decir, la observación ha de vérselas con un acto o gesto que luego la obra deberá considerar como su cuestión fundamental irrenunciable.

El arquitecto David Jolly explica la Observación arquitectónica (y de diseño) de nuestra Escuela: “desde hace ya más de sesenta años se practica este modo de contemplación, dibujando de cuerpo presente ante la extensión, sea esta el espacio urbano o natural; son croquis acompañados de un breve escrito que ilumina lo que el dibujo revela.” (Jolly 2015, p. 15). Es decir, es un ejercicio con el dibujo. El arquitecto Mauricio Puentes, en concordancia con que la Observación es también una actividad del cuerpo, afirma que esta es “el hacer vidente a los sentidos” (Puentes 2008, p. 20), no sólo a la vista, y que por ello se le llama al acto de observar “un ir más allá de los sentidos mismos para construir una reflexión” (Ibid, p. 23). Finalmente, según Puentes, este acto de observación incluye una dimensión espacial –el lugar en que se ejecuta el acto de observar– y una dimensión temporal:

la observación que se registra en una relación estricta entre dibujo y texto, es aquella que permite no solo ver sino permanecer e indagar en una especie de

lapso de tiempo-espacio donde el mundo se muestra desde lo entero, a diferencia de una imagen fotográfica que retiene un instante donde no ocurre la permanencia. (Ibid, p. 29).

En este sentido la observación puede generar un lenguaje desde el cual abordar, creativamente, el proyecto arquitectónico o de diseño basado en las peculiaridades de un lugar o de un gesto, y este lenguaje previo del lugar y del gesto puede, según Puentes, dar curso al habitar y a las formas en las ciudades y en las obras de lo humano.

¿Hay un espíritu?

El espíritu no es un fantasma que vaga dentro de zonas desconocidas en nuestro interior incognoscible ni en los alrededores etéreos e infinitos de la naturaleza. Si bien es cierto que el espíritu presupone existir como una parte inmaterial del ser, también podemos considerarlo una entidad abstracta bastante concreta. Carl Sagan dice que

a pesar del uso en sentido contrario, la palabra «espiritual» no implica necesariamente que hablemos de algo distinto de la materia (incluyendo la materia de la que está hecho el cerebro), o de algo ajeno al reino de la ciencia. La idea de que la ciencia y la espiritualidad se excluyen mutuamente de algún modo presta un flaco servicio a ambas. (Sagan and Abelló 2017).

Por ejemplo, sabemos que la ley tiene un espíritu; es el sentido profundo, la idea central o el principio generador de una ley o un reglamento. Es una característica esencial. También podría

representarse como un valor o fuerza, como cuando decimos, para alegrar a alguien, hay que levantar el espíritu. Las personas pueden poseer un espíritu crítico o ser de espíritu abierto. Otros hablan del espíritu nacional o de equipo, entendiendo que forman una unidad mayor aunque funcionen como entidades separadas. En este sentido el espíritu podría ser una sustancia de los seres humanos que los hace iguales. Hay otros que creen en el Espíritu Santo. Pero Fabio Cruz no se refería a esta creencia religiosa. Se puede ser absolutamente ateo y poseer una profunda espiritualidad, como se puede poseer lo sagrado. Cuando Fabio Cruz dice que la observación es una actividad del espíritu no se refiere a la recepción de iluminación divina, sino a esta labor destinada hacia la obra, practicada por cualquier persona, independiente de que tenga creencias religiosas.

Observar es una ocupación artística. Y esta proposición no proviene exclusivamente de los artistas, sino también de las humanidades o de las ciencias clásicas.

Algunos científicos modernos, de quienes normalmente se podría esperar que fuesen reacios a considerar al espíritu como uno de los actores relevantes que aportan al conocimiento, sin embargo creen que “el espíritu penetra en otra realidad más allá del alcance del peso y la medida.” (Wilson 1999). Incluso piensan que esta penetración ayuda a “reforzar el conocimiento organizado” y se previene la “confusión epistemológica” (Ibid), porque aunque nunca podremos conocer ni descubrir ni explicarlo todo, es el espíritu humano quien permite viajar velozmente a través de lo conocido

y desde allí seguir trazando rutas, indefinidamente, hacia lo desconocido. En el siglo XVII la humanidad comenzó a establecer que el mundo físico está regido por leyes matemáticas y entonces se asoció, por una parte a la naturaleza con la materia inerte gobernada por la matemática, y por otra parte a la realidad espiritual con lo sobrenatural. Desde entonces se creyó que sólo los enunciados de la física podían constituirse como verdad material (Prigogine 2004). Pero en pleno siglo XXI ese paradigma se ha mostrado insuficiente. Hoy la física no pretende explicar la totalidad del mundo, sino establecer relaciones entre los problemas y los métodos de análisis. Existen múltiples puntos de vista o de percepción y la ciencia ayuda a escoger alguno; en el fondo se trata de escoger las preguntas, sin importar si el mundo reconoce alguna utilidad inmediata. En todas las disciplinas vale esta misma actitud. El premio Nobel de química Ilya Prigogine sabe que “sólo algunos espíritus indómitos, ajenos, en su batiscafo en medio del fragor del océano social, rumian de vez en cuando problemas extraños, totalmente carentes de actualidad. Son los inventores del futuro.” (Prigogine 2004). El historiador inglés Eric Hobsbawm pensaba que en el siglo XXI ya no existe más la barrera tradicional que separaba al cuerpo del espíritu (Hobsbawm 2013). Las ciencias lo corroboran cuando proponen que la conciencia es un proceso biológico que se podrá explicar en términos de células que interactúan entre sí. Eric Kandel, premio Nobel de medicina, estudiando la memoria decía que:

para algunas personas la idea de que la mente y el espíritu del hombre provienen de un órgano físico –el cerebro– resulta novedosa y alarmante. No pueden creer que el cerebro es un órgano de cómputo que procesa información, cuyo extraordinario poder no radica en su misterio sino en su complejidad: la enorme cantidad de células nerviosas que contiene, su diversidad, y sus múltiples interacciones. (Kandel and Marengo 2007).

Muchas de las preguntas que durante milenios han sido abordadas por la filosofía o la metafísica hoy son testadas en laboratorios experimentales de las ciencias de la mente. Hoy sabemos que “en realidad, las emociones son algoritmos bioquímicos vitales para la supervivencia y la reproducción de todos los mamíferos.” (Harari and Harari 2017).

El historiador Yuval Harari piensa que la espiritualidad es un viaje:

La religión es un pacto, mientras que la espiritualidad es un viaje. Por ejemplo, una joven puede empezar estudiando Economía para asegurarse un puesto de trabajo en Wall Street. Sin embargo, si lo que aprende hace que, de alguna manera, termine en un ashram hindú o ayudando a pacientes con VIH en Zimbabue, entonces a esto podemos considerarlo un viaje espiritual. (Harari and Harari 2017).

Lo mismo que pensaba Godofredo Iommi cuando anotó, en Amereida II, que es más importante la ruta que la hermosura. El poeta se refería a que es en la ruta donde se ejerce la actividad espiritual, no en la obtención de un

resultado final. Como si lo más importante fuese no responder ni hacer nada que tienda a confirmar los órdenes establecidos, sino obrar sobre aquello que nos permite salir de dichos órdenes. Se requiere el coraje y la disponibilidad para errar hacia las difíciles preguntas aún cuando estas conduzcan hacia horizontes arduos y saturados de obstáculos, especialmente aquellos que no han sido predeterminados por los dogmas y los mandatos de unos sistemas supuestamente válidos por tradición o por cualquier orden que sea. Especialmente sabiendo que es muy probable que los hallazgos o regalos que surjan en esta ruta nunca puedan ser anticipados: “el don para mostrarse equivoca la esperanza.” (varios autores 1967).

Esto es lo contrario de lo que normalmente las academias y la economía del crecimiento infinito establecen como pacto (Harari and Harari 2017). La observación en la formación de estudiantes permite inquirir sobre la realidad mediante preguntas que nos lleven hacia campos desconocidos.

El filósofo Daniel C. Dennett explica y resume, con gran simpleza, lo que él considera el secreto de la espiritualidad:

Estas personas se han percatado de uno de los mejores secretos de la vida: dejar de preocuparse. Si puede acercarse a las complejidades del mundo, tanto a sus glorias como a sus horrores, con una actitud de humilde curiosidad, y reconocer que, no importa cuán profundo lo haya visto —si acaso, apenas rasguñando la superficie—, encontrará entonces mundos dentro de mundos, bellezas que hasta

entonces no había podido imaginar, y sus preocupaciones mundanas se reducirán a un tamaño adecuado, no muy importante cuando se contrastan con el gran esquema de las cosas. Mantener esa imagen atemorizante del mundo lista y a la mano, mientras uno trata de lidiar con las demandas de la vida cotidiana, no es un ejercicio sencillo, pero definitivamente vale el esfuerzo, pues si puede mantenerse centrado e interesado, encontrará que es más fácil tomar las decisiones más difíciles, las palabras adecuadas llegarán cuando las necesite, y será en realidad una mejor persona. Mi propuesta es que ése es el secreto de la espiritualidad, y no tiene nada que ver con la creencia en un alma inmortal, o en nada sobrenatural. (Dennett and De Brigard 2007).

Un nuevo campo existencial

En verdad, la observación permite la abertura de un campo existencial; antes que nada, exige nuestra propia transformación. Primero hay que cambiar de vida y luego podremos hacer obras que transformen nuestro entorno o la realidad. Aún cuando esta proposición pueda resultar trágica; hacer esta transformación personal es duro, solitario, hay que ir contra las estructuras, lo que no necesariamente significa ser un antisocial. Ya lo sabía perfectamente Godofredo Iommi cuando escribe, en 1963, su Carta del Errante:

Pero el poeta es también un hombre.
Entonces ¿cómo vivirá? No tiene oficio, él oficia. El mundo puede humillarlo o

sostenerlo. Eso no le concierne.
Celebrante, no juzga ni quiere ser juzgado.
Es el mundo quien se juzga a sí mismo
agobiándolo o glorificándolo. Su misión es
autónoma e indestructible porque es
necesaria. Pase lo que pase, la fiesta
continúa. No tiene nada que temer, y aún
si lo peor ocurre, podemos estar seguros
que "otros horribles trabajadores vendrán";
(Iommi 1963).

La proposición de Fabio Cruz es una abertura
hacia una nueva visión de la realidad. Esto es la
abertura hacia un nuevo campo existencial que
no se agota, porque deriva de la creatividad
humana. Es decir, es un campo existencial que
podrá mantenerse y sostenerse, mediante los
trabajos, los estudios y la vida de cada cual, sin
fin.

Bibliografía

- Cruz, A. (1982). Estudio acerca de la Observación en la Arquitectura. Cuatro Talleres de América en 1979. Hay que ser absolutamente moderno. Viña del Mar, Taller de Investigaciones Gráficas, Escuela de Arquitectura y Diseño, PUCV: 41.
- Cruz P., F. (1993). Acerca de la Observación Arquitectónica. El mundo del croquis; Observación y croquis en la UCV. Valparaíso, www.ead.cl.
- Dennett, D. C. and F. De Brigard (2007). Romper el hechizo: la religión como un fenómeno natural. Madrid, Katz.
- Harari, Y. and Y. N. Harari (2017). Homo Deus / Deus Homo: Breve Historia Del Manana, Debate.
- Hobsbawm, E. J. (2013). Un tiempo de rupturas: sociedad y cultura en el siglo XX. E. Crítica.
- Iommi, G. (1963). Carta del errante. Valparaíso, Escuela de Arquitectura y Diseño PUCV.
- Jolly, D. (2015). La observación: el urbanismo desde el acto de habitar. Valparaíso, Ediciones e[ad], ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Kandel, E. R. and E. Marengo (2007). En busca de la memoria, Katz.
- Prigogine, I. (2004). ¿Tan sólo una ilusión?: una exploración del caos al orden. Barcelona, Tusquets Editores.
- Puentes, M. (2008). la Observación arquitectónica: la Periferia efímera de ValParaíso. Doctor, Universitat Politècnica de Catalunya.
- Sagan, C. and D. U. Abelló (2017). El mundo y sus demonios: La ciencia como una luz en la oscuridad, Grupo Planeta.
- varios autores (1967). Amereida. Santiago, Editorial Cooperativa Lambda.
- Wilson, E. O. (1999). Consilience: la unidad del conocimiento, Galaxia Gutenberg.